

ETE

D



EL CASTILLO NEGRO

MEXICO
EN EL SIGLO XIX

1

F1231

.5

C3

v. 1

R. C.



1080012703

MEXICO
EN EL SIGLO XIX

O SEA SU HISTORIA

DESDE 1800 HASTA LA EPOCA PRESENTE

ESCRITA POR

Emilio del Castillo Negrete.

PRIMERA EDICION.

TOMO I.



COMISION DE MEXICO
BIBLIOTECA NACIONAL

MEXICO
IMPRESA EN LAS ESCALERILLAS NÚM 13.
1875.

El autor de esta obra se reserva todos sus derechos.



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

156848



S. HERNANDEZ, LITOGRA

E. NEVE, Editor.
MEXICO.

LIT. DE H. IRIARTE, MEXICO.

F1231

.5

C3

v.1

INTRODUCCION.

—•••—

UON suma desconfianza por mi pequeñez, presento á mis conciudadanos la historia de México, en el presente siglo. Nunca creí, que simples apuntes consignados en hojas sueltas para mi exclusivo uso particular, y con solo el objeto de adquirir en cuanto me fuese posible, un conocimiento exacto de mi país, de sus hombres, de su política, de sus grandes hechos, de sus usos y costumbres, y en una palabra, de todo aquello que de alguna manera haya podido influir directa ó indirectamente en nuestro modo de ser social, hasta el presente, me viniese á servir como de base, para formar la obra que hoy presento al público.

Bien conozco que la empresa es árdua y llena de dificultades, y que para llevarla con buen éxito á su término, se requieren grandes esfuerzos, y luchar incesantemente hasta conseguirlo. Pero ¿qué de obstáculos no vence el hombre, cuando teniendo fé viva y voluntad ardiente, emprende resuelto y marcha decidido á llegar al fin que se propuso?

Animado siempre por la consoladora idea, de que muy en breve llegaria al puerto deseado, y que al fin veria el término de mi

viaje, dejaba correr mi pluma, en la contemplacion del extraordinario y variado conjunto que presenta el cuadro de la humanidad. El espíritu se anonada, el alma se siente poderosamente atraída, á acompañar á la sociedad en su imponente marcha, desde la cuna hasta el sepulcro, dejándonos en su carrera, luminosísimas huellas de lo que son las naciones en su infancia, en su edad madura y en su decrepitud, y enseñando á las futuras generaciones con sus heróicos ejemplos, el modo de ser libres y felices. La noble y alta mision de la historia, no solo se concreta á consignar en sus anales el estado de grandeza ó abatimiento de las sociedades, ni los medios que obraron en su apojeo ó destruccion, sino que sirviéndonos de guia, de luz, podemos marchar con paso seguro, pero sin desviar nuestra vista de ella, á semejanza del marino, que fija su mirada para llegar al puerto, en la estrella polar.

La historia es el gran registro de la humanidad; en sus páginas de oro se halla consignada nuestra dolorosa peregrinacion, nuestros goces y nuestros sufrimientos; en esa fecunda fuente, es en donde el político, el estadista, el militar, el abogado, y en fin, todas las clases de la sociedad, deben consultar, si desean marchar con acierto. Ella abraza á todas las edades, á todas las ciencias, á todos los hombres. Nada es tan difícil de escribir, ha dicho un célebre escritor, como la historia. En efecto, el dilatado y vasto horizonte que presenta ésta á la pluma del escritor, la absoluta necesidad de examinar los mas grandes acontecimientos, hasta en sus mas pequeños detalles, las causas que los determinaron, las ideas que les dieron vida, las pasiones que se pusieron en movimiento para impedir su desarrollo ó que lo protejieron, los juicios y apreciaciones que de ellos se hicieron, teniendo en cuenta para esto el historiador, la punzante sátira de unos, la supina ignorancia de otros, y el ódio general de los partidos, que todo lo sacrifican, todo lo destruyen y todo lo desfiguran en pro de sus opiniones. Hé aquí uno de los muchísimos obstáculos, que se le presentarán á cada instante al que desee escribir ya la historia general, ya la particular de su nacion.

Estas dificultades mas se aumentan, si se toma en consideracion, que el periodo que comprende mi historia, es el del pre-

sente siglo, en que los sucesos que voy á referir son recientes, aun están frescos en la memoria de todos, y existen testigos presenciales de ellos. Esto, muy lejos de expeditar mis trabajos, los ha entorpecido, porque ¡qué variedad en el modo de referir los hechos, qué diferencia tan notables en sus apreciaciones, qué incongruencia tan marcada en sus narraciones! Efectos todos debidos, á que permanece viva aun la excitacion que produjeron aquellos acontecimientos. No sucede lo mismo cuando se hace referencia á una época lejana; cuando sus actores y próximos allegados ya no existen; cuando el trancurso del tiempo ha calmado los ánimos, y permitido examinar con todo detenimiento los sucesos, en que la historia ha pronunciado ya su inexorable fallo, y colocado á los hombres y sus acciones en el puesto que merecen. Entonces el historiador puede ya con paso seguro emprender su marcha, sin temores que le asalten, ni obstáculos que le impidan y apoyado en una autoridad que le sancione sus juicios ó se los haga variar.

Varios escritores de reputacion me han precedido en este trabajo. Los Sres. D. J. M. Beristain, D. Servando T. de Mier, D. Carlos María Bustamante, D. Lorenzo Zavala, D. Lucas Alamán, D. José M. Liceaga, D. Luis G. Cueva, y otros de menos nombradía, nos han dejado sus historias. Digno de todo elogio es el laudable celo de estos escritores, al dedicarse á la formacion de la historia patria, con el objeto de transmitirla á la posteridad, haciéndose acreedores á su gratitud. Pero me atreveré á decir (que en mi humilde juicio) no le dieron el lleno debido á su mision. Sus obras se resienten de las ideas de partido, siendo las apreciaciones de estos escritores, sobre un mismo acontecimiento, tan diametralmente opuestas, que francamente, el lector no puede formarse una idea exacta, de cuál era el espíritu que realmente animaba á aquella sociedad y á aquellos hombres. Véamos un ejemplo. Tomemos el hecho mas grandioso, el mas culminante de nuestra historia, el de la proclamacion de la independencía en el año de 1810; acontecimiento en que unos y otros historiadores, no solo debian estar conformes, sino que ambos de consuno debian enaltecerlo. No ha

sucedido así por desgracia. Los escritores filiados en la escuela llamada conservadora, acriminan y ven con desprecio la memoria del ilustre caudillo de Dolores, el Sr. Hidalgo, y la de los escritores filiados en la llamada escuela liberal, niegan los grandes servicios y denigran la muy grata memoria del esclarecido jefe de Iguala, el Sr. Iturbide. A tantas aberraciones conduce la ceguedad de los partidos en unos y en otros escritores, siendo muy sensible, que personas de notoria capacidad é ilustracion, hayan incurrido en el gravísimo defecto de la parcialidad, creyendo cumplir con un deber que les imponian los compromisos contraídos con las escuelas á que pertenecian. Error gravísimo, que perjudica la causa de unos y otros, porque éstas en su noble mision, tal es mi creencia, tienden y su objeto es en último resultado, el procurar la felicidad nacional, y no su ruina y destruccion. Pero no por esto se infiera, que es un cargo que hago á estos dos sistemas: muchos, muchísimos de sus adeptos, no están conformes con las ideas emitidas en esas obras por sus autores; aunque éstos en algun tiempo hayan sido sus jefes, y mucho menos hoy, en que los grandiosos acontecimientos que han tenido lugar, deben modificar muy notablemente aquellas ideas y aquellos principios.

A éstos, es tiempo ya de que sus jefes los reconstruyan sobre bases mas amplias y muy distintas que las que hasta aquí les han servido, para formar sus programas anteriores. La grande cuanto prolongada lucha que los dos partidos han sostenido por establecer de una manera firme y estable sus principios; y el hacer marchar á la nacion bajo su sistema, ha sido mucha mas cruenta, que la que se tuvo para conquistar la independenciam. El partido conservador teniendo nutridas sus ideas y sentimientos en los principios monárquicos, y habituado á la dependenciam; si ha prescindido de esta última, porque la rechaza el sentido comun, ha luchado hasta lo último, por establecer y hacer triunfar su sistema levantando dos imperios, teniendo ambos funestísimos resultados. El partido liberal, queriendo borrar, destruir de un solo golpe los usos, costumbres, educacion, en una palabra, cambiar violentamente y hacer pasar á la sociedad á un sistema enteramente

opuesto, produjo, como era muy natural, un gran trastorno. El primero rechazando toda idea de reforma, y el segundo no admitiendo nada de lo pasado, *nulla retrorsum vestigia*; el choque preciso tenia que ser formidable. ¿Cuál de los dos partidos vendria al fin á obtener la victoria, en el terreno práctico de los acontecimientos? Hé aquí, uno de los objetos principales de esta obra: del exámen que en ella se hace de estos dos sistemas, podrá el lector con facilidad conocer, cuál de los dos luchaba con mejores armas.

El exclusivismo, las persecuciones, los anatemas que recíprocamente se lanzan, muy lejos de secundar y favorecer los intereses nacionales, los perjudican, los arruinan y hacen degenerar y servir á sus sistemas á fines ruines é indignos.

Pero me he divagado de mi propósito: quede para los políticos, el unir y armonizar todos esos elementos, que no pueden ser perjudiciales; si se dirijen con maestría, cooperarán muy eficazmente al bien procomunal.

Preocupados, pues, los escritores de que he hecho mencion, con la idea de ser consecuentes con su partido, sacrifican la verdad histórica, y muy principalmente en los juicios y apreciaciones que de ella forman; ocasionando con esto un grave estravío en las ideas que se forme el lector de la historia nacional. Uno de los caracteres esenciales de todo historiador, es la imparcialidad en lo que escribe: si carece de esa cualidad, no merece ciertamente este título, y sus trabajos todo serán, menos históricos; á no ser que se le considere como simple narrador ó cronista. La mision del historiador es mas grandiosa: su órbita es la de la humanidad, la de todos los siglos, en una palabra, la de la creacion entera: él no solo se debe limitar á presentar al lector el cuadro de nuestra dolorosa peregrinacion por el mundo, ni á cantar nuestras glorias, ni á llorar nuestros infortunios, sino que su objeto es aun mas elevado, mas benéfico; el de civilizar, el de dirigir á la humanidad por senda mas segura, al templo de la inmortalidad. En su alto carácter de maestro y de juez severo é imparcial, tiene el estricto deber de apreciar en todos sus detalles, de examinar en todas sus relaciones, y de indagar con toda precision, las causas que determinaron aquel acontecimiento y la in-

fluencia que sus consecuencias ejercieron. Si el historiador al emprender su trabajo, no tiene presente estos requisitos y otros muchos que omito por no ser difuso, no llenará ciertamente el objeto que se propuso, y su obra jamás podrá figurar como una verdadera historia, sino como un simple resúmen de hechos históricos.

Una exigencia verdaderamente nacional y de suma importancia, es la formación de la historia de nuestro país, en el presente siglo; necesidad tanto más apremiante, cuanto que las personas que se han dedicado á este trabajo, lo han hecho trazando á lijeros rasgos, la múltiple variedad de todos los acontecimientos y trastornos políticos por que hemos pasado, desde que somos independientes, y muy principalmente en los últimos veinte y cinco años, cuyo período, con muy lijeras interrupciones, ha sido una cruenta y prolongada lucha, entre los sostenedores de las ideas y principios del siglo XVIII, y los de las ideas de progreso y de reforma del siglo XIX; lucha digna de ser consignada en los anales históricos, por la pluma de un Herodoto ó de un Tácito: porque ¿qué de hechos brillantes, qué de epopeyas y peripecias admirables no encierra ese período? ¿mas por cuántos dolores y sufrimientos no se ha pasado para obtener su triunfo? ¿Pero cuál es aquella idea ó principio, ya sea religioso, político ó social, que su conquista no haya costado lágrimas y sangre á la humanidad? Nunca el oro se aquilata ni tiene mejor ley, que cuando ha pasado por el candente crisol; jamás se presenta el sol ni tan puro, ni tan brillante, ni tan hermoso, que cuando ha rasgado las densas nieblas en que se veía envuelto. El consignar en los anales de la historia esos magníficos episodios, es mi objeto: muy lejos de mí está la idea de poderlo hacer de un modo digno; conozco mi incapacidad y no blasono de escritor: quede este importante trabajo para otras plumas mejores, teniendo, sí, la satisfaccion de haber reunido datos, para que otros con mayor aptitud é inteligencia, puedan ordenarlos y embellecerlos.

Mucho han pesado en mi ánimo estas consideraciones, y héchome vacilar en la presente publicacion, y maxime, si se atiende á lo difícil que es hablar de un período, en que los actores de los hechos

que se refieren, muchos aun viven; en que tal vez rodarán algunas reputaciones usurpadas, y que otras se levantarán purificadas de la calumnia en que estaban hundidas. ¡Pero cuántos disgustos, cuántos sufrimientos no le cuestan al historiador el conquistar estas verdades! ¡Ah! muchas veces se me ha caído la pluma de las manos, abatido mi espíritu por consideraciones que no le es dable al hombre evadirse de ellas. Lucha terrible, pero que ella acrisola el espíritu y lo vigoriza. El ódio de unos, la rastrera envidia de otros, y aun tal vez la persecucion de los que se sientan lastimados, son otros tantos agujones que torturan al historiador. Pero en medio de todos estos sufrimientos, hay en mí, un sentimiento vivo y enérgico, que me impele á defender, no obstante mi incapacidad, á los héroes que nos dieron libertad é independencia, de las calumnias con que los han querido manchar. Este, pues, ha sido el resorte que me ha movido á hacer la presente publicacion: mi pluma, ha sido guiada por el espíritu de imparcialidad; si he incurrido en algunos errores, éstos serán hijos de mi incapacidad, pero nunca de la mala fé, y una vez que se me manifiesten, con la mejor voluntad los corregiré, agradeciendo infinito me los hagan notar, é invitando á todos me ilustren con sus luces.

Debo hacer aquí una aclaracion importante.

Tanto los historiadores del partido liberal como los del conservador, usan ambos en sus narraciones el epíteto de "*insurgentes*" para designar á los que combatieron por la independencia; epíteto ofensivo, dado con el objeto de desprestigiar la causa que aquellos invocaban. No usaré yo ciertamente de él; pero sí los designaré con el nombre que justamente merecen, con el de independientes.

Sirva, pues, esta aclaracion, para evitar cualquiera duda ó confusion. Al fin de cada capítulo he puesto las observaciones que he creído conveniente; así como la insercion al pié de la letra de todos los documentos y comprobantes que tengan relacion con las materias que en él haya tratado. Pudiendo asegurar al lector, que en ninguna otra obra encontrará igual acopio de éstos, como en la presente. He adoptado tal sistema, primero, por-

que de esta manera no interrumpo el hilo de la narracion, que siempre es molesto: segundo, que haciendo éstas al fin de lo que el lector acaba de leer, puede con mas facilidad apreciarlas, y servirle para la lectura sucesiva; tercera, porque es mejor insertar los documentos, que no citarlos, porque este método no deja siempre satisfecho al lector, y cuarto porque la reimpression de estos comprobantes, será sumamente útil en caso de un extravío, ó que la accion del tiempo deteriore ó destruya los originales.

Réstame aún decir unas cuantas palabras. El lenguaje que he empleado en la redaccion de la obra, ciertamente no corresponde á la dignidad de la historia, porque no tengo aptitud para ello, ni abrigo la pretension de ser un verdadero Purista.

Habiendo otra multitud de acontecimientos notables, acaecidos en el largo periodo de que me ocupó, pero que no influyendo de una manera directa en nuestro modo de ser social y político, los narraré, haciendo un resúmen de todos ellos al fin de cada periodo de diez años, con el objeto de que el lector tenga un conocimiento exacto y minucioso de todo *el pasado*, que es á lo que se llama propiamente escribir la historia, y que desgraciadamente han omitido los historiadores que me han precedido, y si algunos han tocado estos puntos, es de una manera tan suscita, que no se puede formar un verdadero juicio.

Para la formacion de la presente obra, he tenido á la vista los folletos de Martiñena y Cancelada; el Diario y Gaceta de México y los datos y noticias que he tomado del Archivo General, aprovechando esta oportunidad, para dar las gracias á su digno director y mi buen amigo el Sr. D. José María Vigil.

El acierto, la verdad, es lo que vehementemente deseo, en tantas y tan complicadas materias que se tratan en esta obra. Yo en mi calidad de historiador, no aspiro mas que á contribuir con mis débiles esfuerzos, al bien general de mi país y á implorar de mis lectores, para esta obra, su nunca desmentida benevolencia.

México, Noviembre 15 de 1874.

E. del C. N.

MEXICO EN EL SIGLO XIX.

CAPITULO I.

DESCRIPCION DE LA NUEVA ESPAÑA.

SUMARIO.

1. Límites de la Nueva-España.—2. Su situacion topográfica y estructura.—3. Sus habitantes.—4. Españoles.—5. Criollos.—6. Sus rivalidades.—7. Educacion.—8. Ilustracion, Comercio y Riqueza.—9. Influencia de los españoles.—10. Monopolio de los empleos públicos por éstos.—11. Postracion y abatimiento de la raza conquistada.—12. Leyes que protejian á ésta.—13. Opinion del virey Branciforte sobre la instruccion é ideas del arzobispo Nuñez de Haro.—14. El padre Casas.—15. Las razas africana y mestiza son las mas útiles para toda clase de labores.—16. Leyes que las oprimian.—17. Ocupaciones y trabajos de los indios.—18. Abusos de los españoles.—19. Observaciones

1. La Nueva España en la época de que me voy á ocupar, año de 1800, se limitaba por el Norte con los Estados-Unidos desde el Golfo de México, hasta el Pacífico: estos límites no fueron exactos sino hasta el año de 1819, en que se rectificaron, como mas tarde lo manifestaré; por el Sur, con Chiapas y Soconusco; el gobierno de estas provincias dependia de la capitania general de Guatemala: por el Oriente, con las costas de Yucatan, golfo de Honduras y el dilatado Seno Mexicano, y por el Poniente, con el